

Todo libro provee de intimidad. El que aquí comienza, además, habla de ella, del papel que juega la arquitectura para conformar, preservar y representar la intimidad.

*Intimidad* es una de aquellas palabras que la lucidez aconseja no pronunciar. Palabras como *muerte*, como *amor*, como *felicidad*, que al salir de los labios se vuelven plomo o polvo. Ignoramos esa prevención para explorar la intimidad que, como tantas cosas, permanece oculta dentro de la casa.

La intimidad aparece cuando quiere. No responde a los automatismos biológicos. Precisa algunas condiciones para darse, no muchas ni muy concretas. Forma parte de la naturaleza humana, nos caracteriza como especie.

La intimidad sucede sin más. Es difusa y esquiva al reloj, de manera que no se puede medir su duración sino sentir los momentos en los que se da. Aparece y cesa sin apenas dejar rastro. Su recuerdo siempre está ligado a la acción o al sentimiento que ella ha propiciado. La intimidad es transitiva y es transparente.

La intimidad es vecina de la identidad: ambas viven en o junto al sujeto. Y sin embargo, son muy diferentes, incluso contrapuestas. La identidad tiende a ser rotunda y excluyente; se afirma con la mirada ajena. La intimidad, al contrario, es frágil y tímida. Requiere tan sólo del oído que le presta el yo desdoblado.

En las ciudades griegas las armas y los atrezos bélicos se guardaban en una sala grande mientras no había guerra. La intimidad es como la sala en la que se depositan sin usar, y tal vez sin mirar, los cascos y las armas con las que nos pertrechamos para salir afuera.

La intimidad no se confronta. Aísla y absorbe sin pedir atención. Por eso es tan difícil hablar de ella, porque está demasiado cerca y porque evita ser mirada.

La intimidad es de los pocos estados que se dan con naturalidad dentro y fuera del cuerpo, nace en un entorno propicio e inmediatamente traspasa los límites de la piel. La intimidad es un punto ciego: vetado para el extraño y no visible para el que en ella se instala. Y a ciegas requiere perímetro, forma. De manera que frecuentemente acaba pareciéndose a la habitación, a la casa.

Esto es lógico pues la casa es el lugar en el que se realiza la intimidad (ella y sus acepciones). Evidentemente, la casa no la agota, pues también aparece en la intemperie y entre desconocidos; ya hemos dicho que es una necesidad y a veces no sabe o no puede esperar. Pero aquí nos centramos en explorar los estratos que la intimidad deposita en el espacio doméstico.

La casa es un medio sofisticado, una meticulosa representación de aquellos que la habitan. La arquitectura, el contenedor construido, es sólo la urdimbre sobre la que los habitantes van tejiendo sus vidas. Es fácil tener imágenes de la arquitectura, mucho más fácil que mostrar el intrincado dibujo del habitar, de sus rasgos, de sus claroscuros. Los que conviven en una casa establecen códigos que incumben a muy pocos, configuraciones que van cambiando continuamente, constelaciones secretas y teatros instantáneos.

Se abordan desde algo que se puede llamar arquitectura cuestiones que le son aparentemente ajenas. Más allá de la técnica y más allá de la forma, se explora la capacidad de la arquitectura para conocer de otra manera aspectos de la vida cotidiana. Pues, al fin, la arquitectura se diluye en el habitar, se deslíe en sus habitantes, en sus enseres y en sus artefactos.

Casa y habitante están unidos por esa sustancia tan misteriosa como adherente: la intimidad. Esa fascinación mutua tiene que vencer la competencia de los objetos, la atención impaciente que demandan los dispositivos digitales. Como en todo idilio, interviene el juego, la casa se transforma en un escenario de acciones cotidianas, incluso en el sucedáneo del mundo al completo. Y como todo idilio, este aspira a ser excluyente.

Tratamos de manera indirecta la intimidad a través de las anomalías que propicia y de las agresiones que sufre, es decir, de todo lo que rompe esa conseguida simbiosis, ese líquido amniótico que une casa y habitante.

El intruso interfiere de manera inoportuna al penetrar físicamente en el cosmos particular que es una casa. También lo hace el *voyeur* con la mirada. En esa condición de cómplice, la casa se abre o se cierra: se abre al *voyeur* y se cierra, protectora, sobre el recluso voluntario. A veces sentimos que la intimidad requiere su violación, como el pecado la confesión. Sospechamos que los intrusos que acceden a su interior o los *voyeurs* que la asedian con su mirada son, al mismo tiempo, esperados por la intimidad y rechazados por el pudor.

Sostenemos que el fantasma da forma a la pesadumbre producida por el abandono de una casa. El fantasma, así entendido, nace del espanto, pero también de la piedad que sentimos por las casas abandonadas. Siguiendo a Henry James, apreciamos que, entre todas las apariencias posibles, el fantasma prefiere la del habitante ido. Sumida

en el abandono, la casa se recuerda como *alter ego* de este, y prueba a destilar sustitutos, torpes sucedáneos del poseedor ausente. Tratamos un juego de desdoblamientos y fantasmas que resulta aún más inquietante cuando los casos han sucedido en una ciudad tan moderna y diáfana como es Nueva York.

La prosa de un ensayo debe ser clara y avanzar con la fluidez de un silogismo. Por momentos el ensayista quisiera emular al poeta, pero sus palabras nacen con los tobillos trabados por el tema y en las alas pesa el plomo de lo verosímil.

Borges imaginó un futuro en el que la lengua se limitaba a ser un sistema de citas. Sin desear ese mundo, propio de *un hombre que está cansado*, en este ensayo abundan las citas, que no pretenden apoyar la erudición, sino poner a conversar voces distantes en el tiempo y en el espacio. Platón tuvo la genialidad de incorporar el recurso teatral del diálogo a la filosofía. El autor trae fragmentos memorables por el tono de la voz en que están embebidos.

De manera voluntaria, y también equívoca, este libro es breve. Se ha ido escribiendo durante mucho tiempo, lo que no quiere decir de manera lenta sino intermitente. Cada fragmento (capítulo) ha estado a cargo de uno de mis yoes, que a diferencia de los de Andy Warhol, no son simultáneos sino más bien sucesivos. Él tardaba una hora en reunirlos a todos, los míos no son menos díscolos.

En el presente ensayo a veces se filtra la actualidad, pero su contenido se teje con temas cercanos, incluso atemporales, como son la *casa*, la *intimidad*, la *privacidad*, la *reclusión*... y especialmente con sus perversiones y disoluciones. El imaginario al que recurre está compuesto por obras conocidas del arte, del cine, de la literatura que contienen momentos empapados de intimidad, es decir, apela a un sustrato cultural compartido. En realidad, este libro habla de lo contrario a la noticia: da la palabra a lo que está tan cerca que no tiene figura y no requiere casi luz.